

**Las enfermedades de Sísifo.
Reflexiones sobre literatura, medicina y enfermedad**

FRANCISCO HERRERA RODRÍGUEZ
Cádiz, 2011

«Cuantos más años pasan más retornan al corazón del poeta» es un verso de un autor del siglo XX que nos introduce en la vivencia personal y emotiva del pasado, cargada de añoranza pero también de gozo interior, como la historia es también recreación del pasado, y a veces la literatura es, más que recreación genuina, auténtica creación de imágenes que superan con creces la dimensión de lo real. Esta es la impresión que me produjo la primera lectura y posterior «relectura» de los ensayos de historia y medicina que Francisco Herrera Rodríguez nos regala bajo el título genérico de *Las enfermedades de Sísifo, Reflexiones sobre literatura, medicina y enfermedad* impreso en Cádiz en el año 2011, cuyo autor ha sabido unir de forma magistral la evocación histórica impregnada de halo personal con adornos mágicos de poesía y nostalgia.

El contenido académico de esta sugerente y sugestiva prosa gaditana se resume en estas palabras del editor «Las enfermedades de Sísifo plantean una reflexión sobre la medicina y las enfermedades, a partir de la obra de autores como Daniel Defoe, Walt Whitman, Artur Conan Doyle, Graham Green, José Luis Sampedro, José Comas, Miguel de Unamuno, Luis Sánchez Granjel, Harold Brodley y Gregorio Marañón». Sin embargo quizá sin saberlo el libro que reseño es más que todo eso, incluso mucho más: en sus páginas hay un enfoque metodológico, de carácter ensayístico y a la vez médico e histórico que subyace al relato en sí; esta propuesta metodológica es ni más ni menos que una nueva forma de encarar la historia de la medicina. Digo nueva y digo bien, porque no es un estudio tradicional de Literatura y Medicina, tan prodigados en el siglo XX, es eso pero es también creación personal, con opiniones, comentarios e intrusiones en el mundo personal de los autores, de sus obras y de su vida. El libro demanda al lector que muestre su opinión, y colabore participando en la obra, es lectura reflexiva y participativa, de una prosa que comunica al lector puntos de vista que debemos completar nosotros mismos. Este método expositivo está en la vanguardia de las novísimas concepciones de la literatura como comunicación autor/lector, atribuye al lector un papel activo, interpretativo y participativo. Por esto son frecuentes los interrogantes que plantea, y que cambian el significado de toda una obra, como ejemplo más claro hay una frase que hace temblar todos los diez volúmenes en folio de las *Obras Completas* de Gregorio Marañón con un prólogo omnipresente, histórico, filosófico, antropológico y todo lo que se quiera redactado por Pedro Laín Entralgo, y ensalzado, digo Marañón, en un elogio sin precedentes en otro estudio de Camilo José Cela, leído en 1976 Ante tanta erudición Francisco Herrera lucido, crítico e irónico como un volteriano moderado y meridional se pregunta *¿Los fotógrafos buscaban a Marañón o Marañón buscaba a los fotógrafos?* Es esta una reflexión de Francisco Herrera cuyo enunciado anticipa la respuesta, pero a la vez desmorona estereotipos académicos manidos y encorsetados. Estas libertades creadoras sólo tienen cabida en el ensayo, estarían fuera de lugar en un discurso académico o una monografía de tomo y lomo.

El ensayo como género literario arranca de Montaigne en la segunda mitad del siglo XVI y toma carta de naturaleza en España a partir del siglo XVIII con el sabelotodo de su tiempo el autor más leído en castellano el famoso Padre Feijoo. En nuestra España el siglo XX el libro ha sido pródigo en ensayos y ensayistas hasta el extremo que es difícil encontrar escritores de talento que no se hayan ejercitado en este género literario. Sin embargo fueron los ensayistas franceses del siglo XVII y XVIII, su literatura de reflexión ética y moral sobre la condición humana la mejor de todos los tiempos. Esta literatura, la más humana de todas cuantas se han escrito, nos ha dejado el mejor escritor en lengua francesa, me refiero al Conde de la Buyère. Claro está. ¿Qué tiene el ensayo que no tengan otros géneros literarios? A mi modesto entender, y con riesgo de errar, el ensayo sugiere, convence y deleita más y mejor que otro género histórico, para mí el ensayo histórico, si es de calidad como los del profesor Francisco Herrera Rodríguez, es una fuente constante de lectura e

inspiración. Su prosa sugiere, convence, deleita, anima a proseguir la lectura no por oficio y urgencia académica, sino por solaz y grata compañía de sus reflexiones. Acostumbrados los historiadores a tener que leer de todo, desde los densos, oscuros y pesados fondos documentales, las agobiantes notas y citas que pretenden hacer acopio de datos y cifras, un libro como el presente ligero de equipaje pero claro, preciso, reflexivo, crítico y bello, por que no decirlo, es un alivio para el historiador de profesión. Nos encontramos con magníficos libros de erudición pero triviales en su pesada prosa, no voy a citar por razones de pudor y respeto, algunas de las llamadas «grandes» figuras de nuestro entorno que hay que leer a trozos como la vida de Diego de Torres y Villarroel, su lectura nos obliga a descansos intermitentes para poder finalizar su estudio. Muchos de los libros de historia de la medicina que se escriben y se han escrito son libros de consulta pero no libros de lectura. La prosa de Francisco Herrera es una bocanada de aire fresco que el lector, este es mi caso, agradece. Un libro de historia no es el boletín oficial del estado, el rigor no impide la belleza y claridad poética de la prosa, aunque para convertir la erudición en arte literario hay que tener la elegancia, el vuelo y el talento personal de Francisco Herrera Rodríguez.

Conviene aclarar la anterior premisa, pues el libro anticipa una novedad, hasta ahora poco explorada, la del género en literatura. Superada desde hace siglos la división tripartida del género aristotélico, y la negación del mismo según Croce, hoy la crítica literaria apuesta por el género mixto, que sin ser un cajón de sastre deja al autor libre de pena y culpa, para que saque lo mejor de sí y haga de la palabra expresión directa, trabajando la difícil forma de cada frase, su sentir y pensar. En los ensayos de Francisco Herrera conviven en armoniosa síntesis personal, mérito suyo, lo histórico, lo médico, lo literario y el halo poético de los versos y la prosa que con exquisita pulcritud adornan su trabajo.

La lectura del libro sugiere la importancia de la forma y del lenguaje en el relato histórico. Superada la historiografía idealista de cuño germánico anterior a la transición, cuyo máximo representante fue Pedro Laín Entralgo, las nuevas promociones de historiadores de la medicina vuelven de nuevo a un enfoque excesivamente ceñido a los hechos, con el riesgo de escoger la senda del positivismo ochocentista. Existen dos riegos uno a la derecha, el idealismo de las grandes figuras, olvidando la historia social introducida por Sigerist en nuestra disciplina; pero por otra la excesiva socialización de la historiografía cuantitativa, de cuya necesidad y utilidad nadie duda, pero reduccionista al *cuanto* y *cuantos*, al número, bibliometría y estadística pura y dura; olvida sin embargo la vivencia humana de la historiografía comprensiva. Entre los unos y los otros, el enfoque personalista, cercano, humano, crítico y literario de Francisco Herrera Rodríguez aparece como un estrecho paso, equilibrado y magistral, entre Escila y Caribdis.

En verdad los ensayos del Francisco Herrera parecen fluir sin fatiga, se leen de una tirada, cuando en realidad bajo la aparente espontaneidad y lirismo de su prosa

hay un trabajo encomiable. En el libro de nuestro autor, adivino, incluso estoy firmemente convencido, que hay años lectura, como refería el historiador francés del siglo XIX Fustel de Coulanges «para un día de síntesis se necesitan años de análisis». En estas páginas ensayísticas estamos seguros que su autor habrá tenido que dedicar años de lectura, además de muchas horas para la selección de textos y autores. Las revistas de nuestra especialidad, editoriales y universidades deberían dar cabida con más frecuencia a trabajos con estas señas de identidad, pero no sé si mis palabras caerán como el trigo, en la parábola del sembrador, en el camino, el terreno estéril, yermo o fecundo.

Juan Riera Palmero